

APENDICE I.

Algunas particularidades sobre la persona de Felipe II.—Su circunspeccion.—Su seriedad.—Influencia de estas cualidades en las personas que se le acercaban.—Sus ocupaciones.—Su instruccion.—Algunos pormenores sobre sus viajes á San Lorenzo.—Sus amores.—La princesa de Eboli.—Algunos mas pormenores sobre la muerte del príncipe don Carlos.—Sobre la del baron de Montigny, enviado por la princesa Margarita, gobernadora de los Países-Bajos, á Felipe II.—Catálogo de los libros de la librería particular de este monarca.

Las anécdotas y rasgos de la vida privada de los príncipes y grandes personajes, no son la parte histórica que menos llama la atención, sobre todo si abren campo á la malignidad, que es uno de los flacos de la especie humana. Se comprende lo mucho que en este género se habrá escrito en países extranjeros de un rey, objeto en lo general de tanta antipatía. Su historia, por Leti, abunda en rasgos de esta especie. Los historiadores españoles no dijeron, no podían decir mas que lo que era objeto de elogios y de encomio. Un libro antiguo que corre entre nosotros con el título de *Dichos y hechos del rey Felipe II*, no es mas que un continuado paterístico, aunque algunas cosas que marca como dignas de alabanza, no pueden parecer tales á los ojos de cualquier lector sensato. Nosotros nos extenderemos poco en estos pormenores, que por lo mucho que en ellos influye la

parcialidad ó la pasión, y sobre todo por lo fáciles que son de suponer ó inventar, se deben admitir con suma desconfianza.

Por lo que nos dicen los historiadores contemporáneos, y la inspeccion de los retratos que dejó el Ticiano de Felipe II en sus mejores años, se puede asegurar que fué un hombre de algo menos que mediana talla, de cuerpo no grueso y bien proporcionado, de facciones varoniles y bastante agraciadas, si el aire de seriedad y hasta de severidad que respira su rostro, no neutralizasen todo cuanto tiene de juvenil y pudiera parecer hasta agradable. Fué esta gravedad ya desde su niñez el distintivo de todas sus palabras, de sus acciones y hasta de los movimientos mas insignificantes de su vida. Se puede decir que este rey jamás fué niño. Desde sus primeros años llamaron la atención de sus ayos y maestros lo breve de sus dichos, lo agudo y grave de sus réplicas. Observó desde sus primeros años un *decorum* severo en sus acciones mas indiferentes, y exigió que los otros guardasen la misma etiqueta en cuanto decia relacion á su persona. Dicen de él que no cantó nunca. Añaden que apenas se reía; y aunque esto se puede traducir por un rasgo de adulacion á la severa magestad que en él resplandecía, se puede creer que sus momentos de alegría y rasgos de jocosidad fueron muy raros, si los hubo en algunos momentos de su vida. Como empezó á gobernar cuando no salia de sus primeros años, y todavía se hallaba como en la niñez, no es extraño que la seriedad que infunden generalmente los negocios, unida á su carácter natural y á la alta idea que tenia de su condicion social, le hubiesen hecho el personaje mas sério, mas grave, mas circunspecto de su siglo. Contribuyó esta circunstancia á la desagradable impresion que hizo cuando su llegada á los Países-Bajos en aquellos habitantes de carácter comunicativo, desenvuelto y franco; por otra parte acostumbrados al trato llano, á las maneras populares que tanto distinguían á su padre. Quizá por este motivo se disgus-

tó tanto Felipe II de un país con quien no congeniaba, y le hizo mirar con tanta predilección el suyo propio, donde la seriedad y formalidad eran proverbiales en aquella época. Se puede decir con algún fundamento que le enajenó más personas esta cualidad de serio en sus maneras y palabras, que el mismo carácter de severidad, de dureza y hasta de crueldad de que se resintieron muchos de sus actos. Ninguno se acercaba á su presencia sin algún sentimiento de temor; los principales personajes de su corte miraban ansiosos si en su rostro se descubría alguna señal de desagrado y se sentían como colgados de palabras, cuya aspereza ó crítica punzante podía llevar la muerte al fondo de sus corazones. Ninguno le hablaba sin pesar con cuidado sus palabras. Cuantos se le presentaban por primera vez, ó bien por negocios propios, ó bien en nombre de alguna corporación, se cortaban en sus discursos, y muchas veces la vista penetrante que fijaba Felipe II en el orador, recorriendo toda su persona echó á perder las arengas más bien elaboradas y aprendidas de memoria. Mas serios resultados produjeron á veces algunos dichos agrios del monarca. El libro ya citado (1), menciona un presidente de órdenes, á quien llevó al sepulcro una mirada suya, mezclada con alguna reprensión por haber revelado á la reina Ana ciertas cláusulas de su testamento, y un virey del Perú á quien sucedió lo mismo, por haberle dicho Felipe II que le había enviado á Indias «no para que matase reyes, sino para que sirviese á reyes.» Atribuyeron algunos la muerte del marqués de Santa Cruz á una de estas efusiones desgraciadas. Se dice que impaciente Felipe II por la salida de la *Invencible* del puerto de Lisboa, ponía prisa para ello al marqués de Santa Cruz, y como este general no diese á los preparativos toda la velocidad que le pedía, respondió Felipe II á uno de sus despachos: «que había pensado que el marqués lo hubiese hecho mejor y mostrádose

(1) Dichos y hechos.

mas diligente.» Ya hemos visto la dureza desplegada con el famoso duque de Alba, confinado en su castillo de Uceda, á quien al mismo tiempo que le confiaba el mandar el mando de un ejército, se le prohibía presentarse en la corte y asistir á la jura del príncipe D. Diego. Por esto dijo aquel famoso general que le enviaba á conquistar un reino, arrastrando sus grillos y cadenas.

En medio de esta seriedad de que nunca se apartaba, oía el rey muchas veces con paciencia á los que venían á solicitarle, y suspendía los ímpetus de su severidad al oír ciertas respuestas, cuya justicia le hacía fuerza. Se cita entre otros el caso de un guardian de san Francisco, en cuya celda se había ocultado un tal D. Gonzalo Chacon á quien el rey buscaba. Averiguado el lance, hizo el rey venir á su presencia al religioso, y le dijo con acento airado: «Fraile, ¿quién os enseñó á no obedecer á vuestro rey, y á encubrir un delincuente tal? ¿Qué os movió?» Arrodiado el guardian, levantó los ojos y humildemente respondió: «la caridad.» Al oírle el rey dió dos pasos atrás, y repitió dos veces: ¡la caridad! ¡la caridad! «Volvedle luego bien acomodado á su convento, dijo al alcalde de corte que le acompañaba. Si la caridad le ha movido ¿qué le hemos de hacer?» Como este rasgo se citan otros muchos. Que era hombre de un gran sentido, de mucha perspicacia y no comun sagacidad deponen muchos de sus actos y hasta dichos, todos breves, sentenciosos, llenos de agudeza. Se conservan de él algunos satíricos y muy malignos. Recomendándosele mucho la prudencia de un sugeto que se le proponía para un empleo de importancia, puso al margen: «propóngase otro que ya tengo noticia de su *Prudencia*. (Era el nombre de una dama con quien estaba amancebado.) Al margen de otro memorial de la misma clase, puso. «Cuando no juegue.» Instándosele á que proveyese un obispado en favor de una persona consultada para ello, respondió: «Si le hacemos obispo ¿cuál de sus dos hijos heredará el obispado? Avisadme qué se ha hecho

de un hijo que tuvo siendo colegial en Salamanca, dijo, proponiéndosele otro para otro obispado (1). »

Felipe II era amigo de la justicia. Tal vez con su severidad evitó abusos de poder por parte de sus cortesanos. Si era avaro de palabras, no solía serlo en recompensas. De todos los hechos distinguidos de sus diferentes servidores en los diversos ramos, llevaba estricta cuenta. Los soldados que se lucían en la guerra, estaban seguros de no servir á un rey desconocido. A muchos de ellos escribía cartas de su puño dándoles las gracias por su buen comportamiento y haciéndoles ú ofreciéndoles mercedes. Se puede decir que era mejor servir á Felipe II de lejos que de cerca; que sus hechos valían mas que sus palabras.

Podía ser muy bien la seriedad y circunspeccion de Felipe II hijas del arte y del estudio; mas en este caso se puede decir que llegaron á ser en él una segunda naturaleza, pues no se desmintieron ni alteraron en ninguna de las circunstancias de su vida. Un hombre tan circunspecto en sus palabras, en todas sus acciones y ademanes, debía serlo igualmente en la demostracion de aquellos grandes afectos que arrebatan á los hombres. Así se mostró Felipe II en aquellas grandes situaciones que hacen crisis. Se puede creer que no era muy sensible, quien sabia á tal grado dominarse. Perdió cuatro mujeres sin hacer demostraciones de gran duelo. Le fué arrebatada la primera en la flor de su edad, y cuando el mismo Felipe II habia salido apenas de la adolescencia. Con la segunda, María de Inglaterra, se mostró sobrado indiferente, despegado y duro, haciéndola sentir que solo habian influido en su enlace consideraciones de política. Apenas bajada al sepulcro, se le vió solicitar la mano de su hermana, y en seguida ponerse en lugar de su hijo, destinado por el tratado de Catau Cam-

(1) Dichos y hechos.

bresis á Isabel de Valois, quien pasó en virtud del cambio á ser la tercera mujer de D. Felipe. Los que acusaron á este rey de ser autor de la muerte del príncipe don Carlos, extendieron sus sospechas al fallecimiento de su madrastra, con la que le supusieron en secretas relaciones. Cualquiera que sea la verdad del hecho, se puede suponer que fué este el matrimonio mas desgraciado de Felipe. La cuarta mujer, doña Ana de Austria, murió tambien en sus mejores años, pues no llegaba á treinta y dos. Debía de ser sin duda Felipe II un marido poco amable y cariñoso. Sin grande conmocion fué casi testigo de la muerte del príncipe don Carlos, acarreada sin duda por sus disposiciones. Y si se dice que esta circunspeccion y compostura podían tener origen en su poco amor á las personas que perdía, se puede responder que la misma moderacion, que el mismo imperio de sí mismo mostró al oír noticias que no podían menos de serle muy satisfactorias, ó causarle la mas grande pesadumbre. Con la mayor calma recibió al mensajero que le trajo la noticia de la victoria de Lepanto, que al portador del destino desgraciado que habia cabido á la *Invencible*. En muy pocas ocasiones abandonó este carácter de ecuanimidad que era verdaderamente su divisa. Solo si se observó una excepcion de esta regla cuando habiendo recibido por la noche estando ya acostado la noticia de la toma de Amberes, se levantó de la cama, cogió una luz, se dirigió al cuarto de su hija, y habiendo dado algunos golpes á la puerta para llamar su atencion, dijo estas palabras: «hija mia, Amberes es ya nuestro:» volviéndose en seguida á su cama sin decir mas ni aguardar respuesta. De la constancia de su sufrimiento durante el curso de su larga y cruel enfermedad, ya hemos dado suficientes pormenores.

De su aplicacion á los negocios hemos hablado en diferentes ocasiones. Pocos monarcas despacharon tantos por sí mismos. Se ocupaba de lo grande como de lo pequeño: la misma atencion daba al órden, á la buena

colocacion de sus papeles que á su contenido.—Pasaba mucho tiempo escribiendo cartas y hasta de su puño á diferentes personajes de Europa, y á sus propios servidores fuera. De cuanto ocurría en todas partes tenia avisos; del modo cómo se practicaba la enseñanza en las universidades; de la conducta de los prelados y eclesiásticos; de la administracion de la justicia; de la direccion de los ramos administrativos. Todos los hombres de algun viso en cualquier carrera eran objeto de su atencion, y estaban escritos en sus libros. Así en todas las consultas que se le hacian para provisiones de cargos ó empleos, echaba mano á sus registros. Si el favor tuvo influencia en su ánimo, mas la tenia el mérito. Pocos hombres sin él obtuvieron cargos importantes. A muchos sacó de la obscuridad para altos puestos y sin consulta alguna, aquel rey previsor que de todo llevaba tan estrecha cuenta.

Un príncipe tan acostumbrado desde sus primeros años á gobernar por sí mismo y que constantemente dirigió todos los grandes negocios; un hombre que consagraba por otra parte mucho tiempo á la asistencia diaria, á todas las ceremonias religiosas, no debia tener mucho tiempo de sobra para emplearle en pasatiempos. Se dice que en su primera edad fué muy adicto al ejercicio de la caza, mas nunca llegó á ser en él una pasion, pues pocas cosas tenian en él este carácter. Con el tiempo absorbieron todo su tiempo y atencion el despacho de los negocios, la inspeccion ó superintendencia de las obras del Escorial y sus particulares devociones. Aunque de hábitos retirados, era puntual á todas las solemnidades de aparato, á todas las fiestas de la corte, en muchas de las que predominaba un carácter religioso. Tambien sobresalió en su juventud en todos los ejercicios corporales que entraban en la educacion de los principales caballeros de aquel tiempo; disposicion que debió de disminuir ó ser del todo inútil en un príncipe grave y sério, poco dado á juveniles pasatiempos.

La instruccion de Felipe II no era vasta. Debíó de ser poco aprovechado en humanidades, y sobretodo en las lenguas vivas el que cuando la ceremonia de la renuncia de los Estados de Flandes en su favor por Carlos V, encargó al que despues fué cardenal Granvela, respondiese á los Estados á su nombre en lengua francesa, escusándose de no hacerlo él mismo por no haberla *deprendido*. No mostró en el curso de su vida tener grandes conocimientos en literatura, y se puede añadir que de la amena y florida, no gustaba. Ninguno dice de él que asistiese al teatro, diversion que estaba en su tiempo muy en boga, ni que hubiese acogido con favor á ninguno de los poetas sus contemporáneos. Los libros de su biblioteca particular de que hablaremos luego dan una idea de sus inclinaciones sobre la materia. No debia sin duda de leer mucho un rey, á quien tantos negocios ocupaban.

A las ciencias exactas se dice que era mas aficionado; que tenia grandes conocimientos en geometria, y que no era extraño á las ciencias naturales. De su gusto por la arquitectura y otras nobles artes, dá testimonio el monumento magnifico del Escorial, donde todas desplegaron tan vistosas galas.

Como hemos dicho en varias partes, fué Felipe II el principal director, y hasta el primer sobrestante de esta obra, cuya primer piedra habia puesto él mismo, y que crecia y se desenrollaba delante de sus propios ojos. En todo intervenia con la minuciosidad de un hombre encargado de una obra. Examinaba los planos, indicaba los asuntos de los cuadros y de las estatuas y demas monumentos del arte: cambiaba, aumentaba, corregia, hacia borrar ó destruir lo que no era digno de su aprobacion, y de sus dictámenes no podia apelarse. Así, todo lo que tiene de bueno, de bello y de grande aquel soberbio monumento, redundaba en honor y alabanza del gusto del rey, así como debe ser responsable ante el tribunal de la posteridad, de todo lo que se ob-

serva en él de mezquino, de irregular ó defectuoso. Que no acertó en todas ocasiones se puede concebir muy fácilmente; que influyó su tono dictatorial en algunas faltas considerables que se advierten, es histórico. Cuando lleguemos al capítulo de las nobles artes desenvolveremos mas aquesta idea.

Algunos creen que era el Escorial la residencia fija de Felipe II; mas la corte estaba en Madrid, que se podía considerar como el centro del gobierno. El Escorial era la casa de recreo y de solaz donde por lo regular celebraba el rey las principales fiestas de la iglesia. Allá le acompañaban la reina y los principales señores de la corte que se entretenían en la caza, para quienes servían asimismo de agradable pasatiempo aquellas solemnidades á que el rey se mostraba tan aficionado. Por la cosa mas pequeña se trasladaba el rey á su querido monasterio; en cualquiera cuestion que se suscitaba por pequeña que fuese, relativa á la construccion de la obra, terciaba con su voto decisivo. Cuando llegaba á su oído en Madrid, que ocurría algun disgusto ó alguna dificultad de llevar adelante lo que habia dispuesto, tomaba al momento el camino, para poner la gente en paz, y allanar el obstáculo, como si no tuviese mas en qué ocuparse. Citaremos como un ejemplo lo que refiere el P. Fr. Juan de san Gerónimo en las Memorias preciosas que dejó escritas (1) sobre quanto concierne á la historia de la construccion de este famoso monasterio. Cuenta este padre que habiéndose suscitado en la celda del prior una disputa sobre si convenia mas labrar las piedras al pié del monasterio, ó que se hiciese esto en la cantera misma, se decidió el rey por lo último en atencion al ahorro de

(1) Véanse esas memorias en el tomo VII de la coleccion de documentos inéditos para la historia de España, que con tanta utilidad de los que se dedican á este ramo comenzaron á publicar los señores don Martin Fernandez de Navarrete, don Miguel Salvá, y don Pedro Sainz de Baranda, miembros de la academia de la Historia, obra que por muerte del primero continúan los dos últimos.

tiempo y de dinero; mas que habiéndose renovado la disputa durante su residencia en Madrid, insistiendo algunos oficiales en que tendria mas cuenta á S. M. el que se labrasen las piezas al pié del edificio, como era práctica en España, marchó el rey al Escorial á examinarlo todo por sus ojos, y que despues de haber visitado la cantera, é inspeccionado el modo con que las piedras se cargaban, renovó la orden dada anteriormente de que se labrasen allí mismo, con lo que puso fin á toda controversia. Sucedió esto en 7 de marzo de 1576. Despues de haber arreglado este asunto se marchó al Pardo.

Se da en dichas memorias una noticia muy circunstanciada de los progresos año por año, y hasta mes por mes, de la obra, de los viajes que hacia el rey, de las personas que le acompañaban, de las fiestas y solemnidades que tenían lugar, de los entretenimientos de la corte durante su residencia en dicho sitio. No faltaban momentos de recreo y diversion, y aun hubo corridas de toros en una ocasion que hizo parte del acompañamiento don Juan de Austria. Como debe suponerse, reinaba la mejor armonía entre la corte y la comunidad, agradecida á tantos dones del monarca. A veces la obsequiaban los religiosos con almuerzos y meriendas en que lucian sus abundantes provisiones. (1).

(1) No podemos menos de hacer mencion de una merienda sustanciosa que en la tarde del 17 de setiembre de 1576 dió la comunidad á la corte con motivo de las fiestas donde estuvo presente don Juan de Austria. Copiamos las palabras del mismo Fr. Juan de san Gerónimo, uno de los que la sirvieron. «Lo que se dió fué lo siguiente: una ensalada de diversas cosas hechas, y seis melones, cuatro capones asados, dos tortillas de huevos con torreznos y higadillo, ocho aves salpimentadas, cuatro gansos empanados, dos piernas de carnero acecinadas, dos platos grandes de membrillo, otros dos platos grandes de peras, y otros dos de camuesas, dos platos de confitura, y media docena de salseras de jalea, y sus buñuelos; y dos grandes y buenos quesos con sus rábanos, con mas tres pernils de tocino y dos lenguas de vaca: todo lo cual se dió tan aderezado y á su punto, que fué bien solemnizado.»

Felipe II fué jóven, fué mozo y era hombre. Se puede bien suponer que ni su seriedad, ni su devocion le eximieron de devaneos amorosos. El historiador Leti da el nombre de doña Catalina Lenez á la dama con quien estaba en relaciones cuando su padre le propuso el matrimonio con la reina María de Inglaterra. Parece que no debia ser pequeño sacrificio para él desprenderse de este amor para acceder á las miras de su padre, tanto mas cuanto que la reina inglesa carecia de gracias y hermosura y habia pasado ya lo mejor de su edad, pues llevaba al príncipe doce años.

El de Orange en la apología que publicó en respuesta al decreto de proscripción lanzado contra él por el rey de España, le echa en cara otros varios amores, y aun asegura que estaba casado de secreto con Isabel de Osorio, cuando contrajo matrimonio con la princesa portuguesa. También habla de otra dama llamada doña Eufrosia, con quien obligó á casarse al príncipe Asculi hallándose en cinta del monarca. Convienen algunos historiadores, y entre ellos Leti, que era el rey demasiado dado al bello sexo, y aun atribuyen á sus excesos en particular la gota obstinada que le aquejó por tantos años, y su última enfermedad tan dolorosa. ¿Son ciertos estos hechos? ¿Se apoyan solo en rumores, en suposiciones infundadas? Los historiadores españoles se desentienden de estos puntos que no eran de su competencia, y que por otra parte no hubiesen podido tocar sin graves compromisos. Nosotros imitemos su circunspección aunque no corramos igual riesgo. ¿De qué príncipe, de qué personaje no se ha escrito mil aventuras de esta clase? Se puede decir que en aquel tiempo de reserva y de misterio, en aquella corte seria y formal donde se daba la misma y aun mas importancia á la apariencia que al fondo de las cosas, salian poco al público intrigas y galanterías de esta clase. Que existian, no puede estar sujeto á duda, pues aquel siglo no fué marcado por la austeridad en materia de costumbres. De las privadas del rey nos quedan

muy pocos documentos. Sus relaciones secretas con doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, mujer de Rui Gomez de Silva, uno de sus ministros mas en favor, pasan casi por históricas, hasta el punto de atribuirse á Felipe II la paternidad del duque de Pastrana, heredero de Rui Gomez. El señor Bermudez de Castro (1) entra en bastantes pormenores acerca de esta intriga, y lo mismo Leti, quien no tiene reparo en asegurar que fué consentidor el mismo marido, por asegurarse mas en la gracia del rey ó por temores de perderla. Parece que las relaciones empezaron en 1569, cuando el rey, ya viudo de doña Isabel de Valois, trataba de su cuarto matrimonio con doña Ana de Austria. Solo con la existencia de estos amores y descubrimientos de que tenia un rival, se puede explicar la inconcebible conducta, la constancia del rigor y crueldad con que persiguió Felipe II á su secretario Antonio Perez, depositario de su confianza, que de medianero suyo con la princesa habia pasado á ser partícipe de sus favores. Se alega para desvirtuar esta opinion tan general que la princesa de Eboli era tuerta. Mas pudo no ser este un gran defecto para Felipe II, ó desaparecia ante la hermosura de esta dama que fué celebrada en aquel tiempo. Y de esto nos dan testimonio los cuatro versos latinos siguientes, que se la compusieron á ella y á uno de los favoritos de Enrique III, llamado Maugiron, jóven muy hermoso y asimismo tuerto.

Lumine Aeon dextro: capta est Leonide sinistro:
Et poterat uterque forma vincere deos;
Parve puer, lumen quod habes, concede puellæ:
Sit tu cæcus amor, sic erit illa Venus.

Entre todas las prendas y cualidades que entraban en el carácter de Felipe II se puede asegurar que el espíritu religioso, la devocion, el respeto y deferencia á los ministros de la Iglesia y su obediencia ciega al pastor uni-

(3) Véase su obra ya citada.

versal, fueron las preponderantes. Estas cualidades no se desmintieron en ninguno de los actos de su vida, tanto en los mas públicos y solemnes, como en los mas particulares y privados. No tenia límites el espíritu de su intolerancia religiosa, y con pocas cosas negras se puede comparar el carácter sombrío de su fanatismo. Era la Inquisición ambulante: se puede decir, que la Inquisición se hallaba como encarnada en el monarca. Cuando decía que quería mas no tener vasallos que tenerlos hereges, era el arranque de un alma, para la que el simple sabor de heregía era el mas atroz de todos los delitos. Se mezclaron verdaderamente en este espíritu de intolerancia, miras ambiciosas de un orden político y mundano: así sucedia en la mayor parte de las contiendas de su siglo. No se puede saber si era mayor su deseo de mandar en Francia, ó arrojar á los calvinistas de su suelo; si aspiraba á lo primero por llevar á efecto lo segundo, ó si consideraba esto último como un escalon para subir á un trono que directa ó indirectamente contaba ya por suyo. Sin querer resolver estos problemas nos contentaremos con decir, que los que atribuyen todos estos actos, este celo religioso por los intereses de la Iglesia católica á pura hipocresía, no conocen, ni aquella época, ni el corazón del hombre, donde se albergan tan frecuentemente pasiones que son heterogéneas. Felipe II no fué en esta parte hipócrita; lo fueron muy pocos grandes personajes de su siglo; no lo fué su padre, con quien tuvo en esta parte muchos puntos de contacto. Y si contra esta asercion se nos alegan algunos actos de estos príncipes, donde no brilla la mejor moral, responderemos que los vicios y la devoción no siempre van reñidos, y que nunca faltaron casuistas hábiles que tuvieron el arte de facilitar esta amalgama. No estará demas que para ilustrar este punto oigamos á Antonio Perez en sus Relaciones. Hablando de los pasos que daban su mujer é hija en su favor cuando en la cárcel de Madrid se hallaba en tanto apuro, dice así (p. 91 y siguientes): «El uno es que

»sobre millones de veces que habia acudido aquella se-
 »ñora (su mujer) al confesor del rey á pedir justicia, como
 »justicia que no tenia ya en la tierra otro tribunal, sino
 »el del alma, y sobre mill términos pasados, y pro-
 »messas hechas y faltadas y palabras dadas y no cumpli-
 »das, acudió un dia (el postrero pienso por lo que suce-
 »dió) á hablar al confesor, y en Sancto Domingo el Real,
 »monasterio de monjas dominicas, donde tiene hermanas
 »y sobrinas doña Juana, el mismo confesor delante del
 »altar mayor, le apretó tanto, en su demanda de justicia,
 »que pareciéndole que hablaba con sordo, pues tantas
 »veces no habia oido, se volvió á Dios, que estaba en
 »el altar presente y que oye siempre, y llamóle por tes-
 »tigo y juez, y pidióle justicias de tal agravio, y del mis-
 »mo confesor. El fraile quedó atónito, y arrebatado por
 »un rato y sin color de vivo. Levantóse, y llamó á vo-
 »ces á los criados de doña Juana, diciendo: Señores,
 »señores! vengan acá; llámenme á la señora priora y
 »aquellas señoras hermanas de la señora doña Juana
 »y á mis sobrinas: y diciendo y partiendo para allá,
 »llegaron todos á la reja del coro. Acudieron luego las di-
 »chas y mas religiosas al ruido y alteracion. Sentáronse,
 »y dijo el confesor muy propósito assy: Señora priora,
 »la señora doña Juana me ha apretado vehementemen-
 »te el alma y la consciencia, y llamado á Dios por
 »juez y pedido la justicia de su agravio, y de muy,
 »no me espanto de cuanto dijere y hiciere, sino de lo
 »que no dice y hace; pero ¿qué puedo hacer yo mas?
 »Al Rey le he dicho que está obligado en último pun-
 »to de consciencia á despachar el negocio del señor
 »Antonio Perez sin una hora de dilacion, y á darle
 »á esta señora su marido; y en esta última confesion,
 »yo le haré resolver, señora, ¿qué puedo hacer yo mas?
 »Acudió doña Juana (que no hay maestro como el dolor),
 »y dijole: Sy señor, mas podeys hacer, no absolverle sino
 »ejecuta al punto, yros á vuestra celda, que mas cer-
 »ca estareis del cielo en ella, que donde estays; juez,